

sábado 10 de octubre de 1998

✓ EL PAÍS  
AUSENTE

LUIS ALBERTO CRESPO

Canoabo  
¿Dónde está  
Vicente Gerbasi?

El pueblo de Los espacios cálidos. Foto cortesía GERMAN MELET

El camino no ha dejado de ser el mismo: un lado torcido, a la derecha y al borde una casona, venida a menos, injuriada por el abandono fingiendo un esplendor que roe la grieta y mortifica el sarmiento. Luego, el valle, el largo valle, suntuoso de ramas y de siembras, eventanado de casas y jardines. El camino prosigue: un momento, comienza a ascender; entonces entro a *Los espacios cálidos*, los rielos en el fallaje sudoroso del bucare, en la sombra del café y del cacao, en el rumor del bambú; y si bien no ha llovido, respiro "la hoja aceitosa y morada del tártaro", la flor del café y la fronda del ocumo. No escuchó la paloma forcaz, ni la triste quinquina, pero presento su cuita "en la extensión reverberante". De alguna hondura de la montaña, allí donde duermen la lluvia y los tigres, la voz de Vicente Gerbasi se acerca al oído del recuerdo: "Como la vida es breve, son más bellas para mí las montañas y los árboles que se alejan azules por la tarde". Cerca, dentro de la hojarasca y las lianas, ha de permanecer sepultado el trazo que su adolescencia inventara con los cascos de su caballo en busca de la muchacha de Montalbán.

Cada recodo me devuelve a aquella mañana de 1987 cuando el poeta fuera a su aldea a recibir el homenaje de los suyos. No había mimica de resplandor, perfume o murmullo que no detuviera su andar y agazara su atención, vida y obra nutriéndose de la motivación del libro único, despertándose "lentamente en una luz de conejos".

Canoabo se hallaba abajo, al cobijo de la cumbre de las serranías de Capa, entre los nacientes de los ríos de piedras grandes, de "mojada barba de helecho", y aquella exclamación, súbita, en la remota mañana, del padre inmigrante: "Ampárame, oh tierra maravillosa", que parecía repetir el recién llegado al avistar los primeros techos de la aldea.

"Mi casa era una larga pared blanca de cal", me dijo en cualquier momento de su poesía y en no sé cuál instante de su conversación: "Mi padre me sonreía con su pipa entre los dientes/ Mi madre tenía los ojos tristes como si mirara un bosque lejano".

Han transcurrido 11 años de la invitación que me dispensara para que lo acompañase a su infancia. Las campanas de la iglesia se escuchaban en las montañas del Letrero, Orán, Capita, Capotillo, y eventaban sus voces hasta el extenuado bosque de Urama, cuya travesía por el corazón del veyeco y de la orquídea alejara al niño Gerbasi de aquel día "de naranjo y trueno" y de "los ramajes que caían sobre los caballos", rumbo al mar de Italia, rumbo a Petrarca. Si, el camino es el mismo de antes, aunque la presencia de quien fuera mostrádonos por los recodos su poesía se muda en "el miedo de la ardilla en medio de los ojos", donde "un eco recomienza viniendo de nosotros".

Canoabo también es el mismo de esa vez porque permanece resguardado de toda desfiguración en una escritura encantatoria. Me he adeudado nuevamente en el solitario viento de las hojas, en la quietud de los muros blancos y las esquinas de ventanas. Ahora me traen Salvador Tenreiro y su libro *Vicente Gerbasi ante la crítica* (1), del que es su antólogo y prologuista. Ha venido a celebrar su publicación con los canoaberos, los poetas y la gente de la cultura de Valencia, Mariara, Maracay y Yaracuy. Tenreiro difundirá en el Ateneo regional la voz de Gerbasi, eternizada en una grabación lejana, hecha en Calabozo durante la premiación de la Bienal Literaria Francisco Lazo Martí. *Vicente y nosotros*, habrá de llamarse la charla de esta noche que cunipule ahora dos semanas. El artista y presidente del Ateneo, Gregorio Palencia, elegirá la evocación íntima del homenajeado y el pintor ingenuo Rafael Romero "glosará" los trazos de uno de sus cuadros, en los que se miran, en la pureza de la infancia, las imágenes de *Los espacios cálidos*; igual pureza prometerá reproducir el escultor Pablo Villamediana en el rostro del poeta al que quiere tallar en un árbol desprendiendo de la mucha exuberancia del paisaje, de la que se sirve largamente el muy gerbasiano artesano de los santos de botella Viviano Vargas. Mientras aguardo la noche del homenaje, recorro en compañía de José Luis Romero, el director de la Casa de la Cultura Vicente Gerbasi, los rincones de la aldea y reemprendo el peregrinaje que hiciera su gran hijo en busca de su escritura: la calle Caramacate, la casa de su nacimiento, en la que hoy habita la pintora Morela Romero de Moreno, la ventana desde la que viera pasar las edades perdidas y un día muy distante en la oscuridad del bosque doliente o encendido, por parte del sol, de colores ocultos, en tanto el cielo, al fondo, retumba todavía como un sótano del cielo y sus moradores se reconocen como oriundos de la intemperie.

Pero nada recuerda a Vicente Gerbasi en esa casa y ni en esa calle, siquiera una escritura. Dejó de llamarse Caramacate: le dicen calle Coronel de sus libros. Los empleados cobran el salario mínimo. Los lectores, estudiantes y visitantes sólo disponen del mendrugo de los recortes de prensa. Y yo le pregunto a Canoabo, es decir a su poesía, ¿dónde está Vicente Gerbasi?

(1) Monte Avila Editores Latinoamericana, Caracas, 1997.